

MENITA

CUANDO Jorge Mendoza se casó con Filomena no fue tanto porque la quisiera mucho, que lo hubiera arrastrado la pasión. Mozo ya de 25 años, con bastante fortuna, heredada de sus mayores, después de haber gozado en su edad florida, llevando la vida ajitada del libertino, frecuentado casas alegres y mantenido queridas, determinó ponerse serio, casarse con una muchacha que tuviera el don de hacerlo feliz en la tranquila existencia del hogar.

Se fijó en Filomena, cuyos padres eran un poco más ricos que él, por una razón principal: primeramente oyó alabarla tanto a todos los que la rodeaban: "¡esa niñita es un dije!"; "¡es el modelo de las hijas!"; y luego, al tratarla, la encontró muy juiciosa, demasiado seria para sus quince años y más que todo dócil; le pareció excelente una mujer que él pudiera dominar a su antojo, que no excitara su carácter nervioso y arrebatado.

Quiso experimentarla en el *flirt*, pero ella no se avino con estas ligeras escaramuzas del amor y tomó las cosas a lo serio. A Jorge le supo esto agradablemente: era una virtud más; en ella se podía tener confianza.

La tomó afición, se afirmó en la idea de que era la mujer que le convenía, y sin estar realmente enamorado, determinó pedir su mano.

La madre dió muestras de sentirla mucho, y se puso a alabarla de una manera que él halló exagerada. ¡Era una excelente, una incomparable hija! Desde chiquita no le había dado que hacer en nada, y lo contrario: sus menores actos tendían al fin de contentar a sus padres. Hacía sin un mal modo todo lo que se ordenaba y, lo que era más loable, nunca se notó en ella el más ligero enojo ni el más insignificante capricho.

Y como la querían tanto y era tan pequeñita, tal que a los quince años parecía tener once, sus padres y sus amigos se acostumbraron a nombrarla únicamente con ese diminutivo de "Menita" que le sentaba tan bien y con el cual se quedó para siempre.

Cuando la llevó a la iglesia, Jorge, que era alto, se vió un poco ridículo ante esa mujer tan enana, que apenas alcanzaba a colgarse de su brazo.

Casados ya, en plena luna de miel, se figuraba a ratos que era una hijita suya de diez años, la sentaba en sus rodillas y la besaba en la frente, bajo los ondulantes rizos locos.

—¿Me quieres mucho?—Sí.—Siempre contestaba con monosílabos. Nunca tuvo esos arranques apasionados de la mujer enamorada a que Jorge estaba tan acostumbrado en su larga vida de placeres. Si le pedía un beso, se lo daba gustosísima, alargando su boquita diminuta, pero jamás había hablado en ella iniciativa.

Verdad es que a todo accedía, no se negaba a nada: aceptaba cualquier capricho de él con una docilidad pasiva, empeñada en mantener contento a su marido.

Pero Jorge no estaba contento ni mucho menos: le producía disgusto esa mujer tan fría, que parecía no tener nervios, que no se excitaba por nada. Luego, por momentos, se quedaba ensimismada meditando, con la mirada fija... ¿pensaba en otro? Esta sospecha le asaltó un día y se lo dijo. Ella se volvió sonriente:

—¿Qué locura!... Bien sabes lo que te quiero, y que por eso me casé contigo.

Y sus pupilas se iluminaban de tan intenso amor que había que creerle. Mas, él continuaba con sus dudas y su disgusto. A cada cargo, el rostro de ella se dulcificaba por una leve sonrisa; pero no más.



Cuadro de Alfredo Helly

Jorge hubiera querido que se riera, que manifestara su alegría, que dejara esa actitud meditabunda. Y lo que más le irritaba era su docilidad exagerada, su eterna obediencia. ¡Nunca una contradicción! Su marido podía manejarla y dirigirla como a una sonámbula.

La apostrofaba, muy excitado:

—¡Pero tú no tienes sangre ni nervios!... Yo no comprendo una mujer como tú, que no la domine ninguna pasión!

—Tengo la pasión de quererte—replicaba sonriendo—sin incomodarse en absoluto por esas violencias.

Se aburría de ella, y no habría pasado un mes desde que se casaron, cuando volvió a su pasada vida disoluta. Ello fue más por someterla a prueba, por hacerla irritarse, para animar de algún modo esa pequeña estatua de mármol.

La primera noche que llegó a su casa a altas horas, con el hálito apestando a vino, la encontró